

Históricas Digital

Miguel León-Portilla

Bernardino de Sahagún

Pionero de la antropología

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



8. EL LEGADO DE BERNARDINO DE SAHAGÚN

Nos hemos acercado, a lo largo de este relato, a la vida y obra de este franciscano que laboró en México por más de sesenta años. Conocemos lo que fue su magna empresa de investigador de las cosas humanas, divinas y naturales de las gentes de la que se llamó Nueva España. Traía él en su propio bagaje espiritual una rica formación humanista adquirida sobre todo en Salamanca. Sus ideales apostólicos se nutrían en la doctrina y forma de concebir el mundo de ese grupo de frailes que había dado origen a la provincia franciscana de San Gabriel de Extremadura. Como ellos, había creído Bernardino que en el Nuevo Mundo podía recrearse una cristiandad, pura y santa, al modo de la primitiva Iglesia. Para lograrlo, condición indispensable era conocer el alma y la cultura de esos hombres entre quienes iba a implantarse la cristiandad.

Sahagún, como otros de sus hermanos de hábito, experimentó adversidades. Contempló cómo disminuían los indígenas, se vio privado de auxilio en sus trabajos, despojado de “sus escrituras” y, ya en su última vejez, estuvo envuelto en un triste conflicto entre los mismos franciscanos. Parece probable que una recia amargura y un cúmulo de dudas llegaron a adentrarse en su alma. Mas el hecho de que, hasta el final, volviera siempre a lo que había sido el interés de su vida, perfeccionista empedernido que enriquecía una y otra vez sus varios trabajos, nos muestra, por encima de todo, un Sahagún plenamente convencido de la significación trascendente de su obra. Ésta, así lo pensó él, habría de perdurar como antorcha que alumbra y se pasa de unas manos a otras para mostrar el camino a quienes quieran andarlo.

El legado de Sahagún abarca el gran conjunto de folios en los que se conserva su obra escrita. Tanto la que fue creación suya personal, como la que, fruto de sus investigaciones, recoge los



testimonios de los ancianos y sabios indígenas. De la mayor parte de sus textos hemos hablado ya y no tendría sentido volver sobre ellos. En pocas palabras cabe decir que integran el más rico caudal de testimonios, en la que fue lengua franca del México antiguo, para penetrar en los secretos de su cultura. Gracias a Bernardino conocemos muestras muy valiosas de la literatura de tradición prehispánica, como los *huehuetlahtolli*, antigua palabra, y los himnos sacros de los dioses. Y también debemos a él haber recogido los relatos de quienes vivieron el choque violento de la invasión y conquista perpetradas por los hombres de Castilla. Por obra de Sahagún se mostró la posibilidad de rescatar el punto de vista de los otros, la que llamamos *Visión de los vencidos*.

*Sobre el método adoptado por Sahagún
en sus investigaciones*

Tan importante como la recopilación de ese caudal de textos fue el método mismo, ideado y aplicado por Bernardino durante sus muchos años de investigador. Para expresar en pocas palabras en qué consistió tal método bastará destacar ocho aspectos claves del mismo.

1. El empleo constante en la investigación de la lengua indígena conocida profundamente por él y asimismo por sus colaboradores —antiguos discípulos en Tlalelco— que la tenían como materna. Habían ahondado ellos además en su estudio gramatical.
2. La preparación de un cuestionario o “minuta” que hizo posible inquirir sobre la cultura de los pueblos nahuas, no fragmentariamente, sino con un enfoque integral. Dicha minuta tuvo como importante complemento la formulación de otros cuestionarios que, en muchos casos, permitieron inquirir sistemáticamente en diversos aspectos e instituciones de la antigua cultura.
3. Adaptación al modo indígena de transmitir sus conocimientos, en sus diálogos o “parlamentos” con los ancianos informantes, escogidos entre los más experimentados “en todas las cosas curiales, bélicas y políticas y aun idolátricas”. Consistió dicha adaptación en recibir lo que ellos le comu-

nicaban “por pinturas” que eran comentadas, cual si de ellas brotaran las palabras.

4. Hacer que esas pinturas fueran copiadas y las correspondientes palabras transvasadas al alfabeto adaptado a los fonemas del náhuatl, tarea que realizaron sus antiguos estudiantes.
5. Proceder con flexibilidad, prescindiendo en muchos casos de sus cuestionarios y dejando que los informantes expresaran libremente lo que consideraban pertinente. Fue así como obtuvo, entre otras cosas, los que he llamado “textos canónicos de la antigua tradición”.
6. Someter a varios exámenes críticos “a triple cedazo”, —siempre en consulta con indígenas experimentados— aquello que le había sido comunicado.
7. Tras largo proceso de análisis —sin alterar o violentar de alguna forma sus textos— estructurar todo lo allegado al modo de una enciclopedia o “Historia universal”. En tal concepción la palabra *historia* la entendió Sahagún no meramente como “exposición de acontecimientos pasados” sino —como lo consigna también Sebastián de Cobarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611)— “largo modo se llama historia, como historia de los animales, historia de las plantas, etcétera. Y Plinio intituló su gran obra [...] *Natural Historia*”.¹ Es decir como obra que abarca lo más sobresaliente en el ser cultural de un pueblo y en el ámbito de la naturaleza donde él vive.
8. Aunar en lo así alcanzado un doble propósito. Reunir y conservar, por un parte, los testimonios indígenas en náhuatl con copias de sus pinturas y, por otra, hacer accesible a quienes desconocían esa lengua el contenido de todo lo que la obra aporta. Esto se logró preparando una versión, no literal sino parafrástica, algunas veces acortando lo que el texto indígena expresa y otras esclareciéndolo. Al realizar esto, Bernardino tuvo presentes no sólo a sus hermanos misioneros que debían conocer la cultura indígena para proceder adecuadamente en sus tareas de evangelización,

¹ Sebastián de Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), Madrid, Ediciones Turner, 1979, 692.



sino también a otros que en México, en España y en general en Europa, desearan enterarse del “quilate de esta gente mexicana”.

Acerca de esto último hizo él varias precisiones que se relacionan estrechamente con el método y propósitos de su trabajo. Una que tuvo él en mente, fue “sacar a luz todos los vocablos de esta lengua [náhuatl], con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas”.² Esto es visible en no pocos de los textos en náhuatl que hizo copiar. Al describir en ellos una ceremonia, una determinada profesión, una costumbre, por ejemplo en el proceder de los gobernantes en variadas circunstancias, o en el campo de las cosas naturales una planta, árbol o animal, con gran frecuencia da lugar a diversas maneras de hablar para expresar con giros y matices propios de la lengua lo que se quiere dar a conocer.

El interés lingüístico

Sobre esto insiste en varios de los prólogos a los distintos libros de la *Historia*. Así en el que antecede al VII nota:

De una cosa van muchos nombres sinónimos y una manera de decir o una sentencia va dicha de muchas maneras. Esto se hizo aposta [de intento], por saber y escribir todos los vocablos de cada cosa y todas las maneras de decir de cada sentencia. Y esto no solamente en este libro pero en toda la obra.³

Al ocuparse en el libro X de “los vicios y virtudes desta gente y de los miembros de todo el cuerpo [...] y de las enfermedades y medicinas contrarias y de las naciones que a esta tierra han venido a poblar”, declara que todo se describe

con copia de nombres sustantivos, adjetivos y verbos donde hay gran abundancia de lenguaje muy propio y muy común entre ellos.⁴

² Sahagún, *Historia*, I, 33.

³ *Ibid.*, II, 478.

⁴ *Ibid.*, II, 583.

Un ejemplo más del empeño por aportar información lingüística, lo dejan ver las siguientes palabras en el prólogo al libro IX:

Hay gran copia de vocablos y mucho lenguaje muy propio y muy común, y materia muy gustosa [...]. Así que el presente volumen se podrá tener o estimar como un tesoro de lenguaje y vocablos desta lengua mexicana.⁵

La insistencia de poner de relieve los alcances lingüísticos de su obra, que se manifiesta efectivamente en la abundancia de sinónimos y una gran variedad de maneras de expresar lo mismo, ha parecido a algunos redundancia o afán repetitivo. En realidad además de evidenciar el genio del náhuatl, se dirige también—como lo señaló Sahagún— “a sacar a luz todos los vocablos de esta lengua, con sus propias y metafóricas significaciones”, mostrando a la vez la riqueza de sus recursos no sólo léxicos sino, más ampliamente, morfológicos y sintácticos. La aportación de Sahagún —aun cuando no alcanzó a incluir sino en pequeña parte las “glosas lingüísticas” que, en otra columna, debían acompañar a sus textos— mantuvo así su interés en relación con la lengua estudiada en sí misma.

El indigenismo de Sahagún

Otra aportación, también vinculada a su trabajo, puede calificarse de “indigenista”. Además de sus propósitos de misionero empeñado en conocer la cultura de aquellos a los que se buscaba evangelizar, quiso abrir los ojos a quienes menospreciaban a los indios y les habían causado muy graves daños. De esto habla extensamente en una “Relación del autor digna de ser notada” que intercaló en el libro X de su *Historia*. Pondera y alaba allí la forma como los nahuas educaban a sus hijos y se duele de que la Conquista y la presencia española trastocaran esto y, más ampliamente, la vida política y social de los nahuas:

En lo que toca a que eran para más en los tiempos pasados, así en el regimiento de la república como para el servicio de los dioses, es

⁵ *Ibid.*, II, 677-278.

la causa porque tenían el negocio de su regimiento conforme a la capacidad de la gente, y por esto los muchachos y las muchachas criábanlos con gran rigor hasta que eran adultos [...], y por esto criábanlos de comunidad debaxo de maestros muy solícitos y rigurosos, los hombres a su parte y las mujeres a la suya. Allí los enseñaban cómo habían de honrar a sus dioses y cómo habían de acatar y obedecer a la república y a los regidores della [...].

Como esto cesó por la venida de los españoles y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales, y quisieron reducirlos a las maneras de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas, teniendo entendido que eran idólatras y bárbaros, perdióse todo el regimiento que tenían.⁶

Tratando de explicar luego por qué —buscando su conversión al cristianismo— pareció necesario “derrocar y echar por tierra” las antiguas costumbres y modo de gobierno indígenas, añade, dando salida a la que puede calificarse de su obsesión respecto de la idolatría:

Necesario fue destruir las cosas idólatras y todos los edificios idólatros, y aun las costumbres de la república que estaban mezcladas con ritos de idolatría y acompañadas de ceremonias idólatras, lo cual había en casi todas las costumbres que tenía la república con que se regía, y por esta causa fue necesario desbaratarlo todo y ponerlo en otra manera de policía que no tuviese ningún resabio de cosas de idolatría.⁷

No obstante que, por acabar con la idolatría, le parece que fue necesario “desbaratarlo todo”, reconoce luego el mal que se ha hecho a la que llama “república” de los indios, es decir a su forma de gobierno y organización que allí mismo y en otros lugares de su *Historia* reconoce que era en muchos aspectos admirable. Como lo pensó y lo dijo:

Ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes. Así están tenidos por bárbaros y gente de bajísimo quilate, como según verdad, en las cosas de pulicía [cultura] echan el pie adelante a muchas naciones que tienen gran presunción de políticas.⁸

⁶ *Ibid.*, II, 627.

⁷ *Ibid.*, II, 627-628.

⁸ *Ibid.*, I, 33.

Y volviendo al tema de la educación, doliéndose del desbarajuste que trajo la Conquista, añade:

Es gran vergüenza nuestra que los indios naturales, cuerdos y sabios antiguos, supieron dar remedio a los daños que esta tierra imprime en los que en ella viven, obviando a las cosas naturales con contrarios ejercicios, y nosotros nos vamos el agua abaxo de nuestras malas inclinaciones.⁹

Tras calificar así de fallida la forma de proceder de quienes han venido a imponerse sobre los indios, llega a afirmar en consonancia con su pensamiento que, si se liberara de cualquier rastro idolátrico, el modo indígena de educación y regimiento de la república, sería mucho mejor que el que querían introducir los españoles:

Y si aquella manera de regir no estuviera tan inficionada con ritos y supersticiones idolátricas, paréceme que era muy buena; y si limpiada de todo lo idolátrico que tenía y haciéndola del todo cristiana, se introduxese en esta república [la comunidad entera y su organización] indiana y española, cierto sería gran bien y sería causa de librar así a una república como a la otra de grandes males y de grandes trabajos a los que las rigen.¹⁰

Para valorar más ampliamente lo que era en esto el pensamiento de Sahagún puede recordarse lo que llegó a sostener cuando dijo que los *huehuehtlahtolli*, consejos de los padres a sus hijos e hijas, más aprovecharían que muchos de los sermones predicados en los púlpitos. Y también cabe traer a la memoria su afirmación acerca de que

Entre los mexicanos, entre los cuales los sabios retóricos, vituosos y esforzados eran tenidos en mucho. Y destos elegían para pontífices, para señores y principales y capitanes por de baja suerte que fuesen. Estos regían las repúblicas y guiaban los exércitos y presidían en los templos. Fueron, por cierto, en estas cosas extremados, devotísimos para con sus dioses, celosísimos de su república, entre sí muy urbanos y severos [...] y agora todo lo han perdido, como verá claro el que cotejare lo contenido en este libro con la vida que agora tienen. La causa desto no la digo por estar muy clara.¹¹

⁹ *Ibid.*, II, 629.

¹⁰ *Ibid.*, II, 629.

¹¹ *Ibid.*, I, 305.



La causa bien clara la tenía Sahagún en su mente: los que habían conquistado al Anáhuac, “derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales”. El indigenismo de Sahagún aflora aquí, como en otros muchos lugares de su *Historia*. Da testimonio de que, en su afán de conocer la cultura del Otro, llegó a apreciarlo, más aún a admirarlo por sí mismo.

Pionero en la investigación antropológica

Con razón —por su esquema, método y logros en su investigación— ha sido llamado él, no sólo por mexicanos y españoles, sino también por otros estudiosos europeos y de Norteamérica, padre de la antropología del Nuevo Mundo, entendida ella como indagación sobre cultura, lengua y antigüedades de un pueblo.¹² Con esto no se pretende soslayar la intención con que emprendió Sahagún sus pesquisas. Ésta se hallaba estrechamente vinculada con su profesión de fraile misionero que había llegado a México para evangelizar a los indígenas. En tal sentido, escribió al principio de su *Historia General* que tanto él como los otros frailes debían actuar como médicos que, para curar al enfermo, deben conocer antes sus padecimientos. En la cultura indígena —lo reiteró varias veces, en forma casi obsesiva— la idolatría era la más grave enfermedad que impedía la implantación del cristianismo.

Ambivalente podrá parecer a algunos la actividad de Bernardino. Es verdad que, al ir descubriendo el que llamó “el quilate” de los indios y en particular muchas de sus creaciones espirituales, entre otras los *huehuehtlahtolli*, percibió en ellos honda sabiduría moral. Un límite tan sólo tuvo en su inescapable condi-

¹² Entre otros estudiosos que han manifestado esto pueden citarse a los que participaron con F. S. C. Northrop como coordinador en el simposio que tuvo lugar en Burg Wartenstein, Austria, en septiembre de 1962. Los dieciocho antropólogos, historiadores y de otras profesiones —norteamericanos, alemanes, franceses, italianos, austriacos, además de un israelí, un japonés y un mexicano— en una dedicatoria llamaron a Sahagún “Father of Anthropology in the New World”, seguido de una amplia justificación. Véase: F. C. Northrop y Helen H. Livigston (ed.), *Cross Cultural Understanding: Epistemology in Anthropology*, New York, Harper and Row Publishers, 1964, v.



ción de cristiano y evangelizador. Comprendió, admiró y describió la cultura indígena en todo cuanto no se oponía —o le parecía no oponerse— a su fe católica y de franciscano misionero. En su afán de comprensión del Otro, no pudo ya mantenerse ecuánime y objetivo ante las que calificó de “otras locuras sin cuento y otros dioses sin número que inventaron vuestros antepasados”: la idolatría. Esquema, método y logros en su investigación no se invalidaron por esto.

Debe también mencionarse al hablar del legado de Sahagún, su actividad de maestro, tanto en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco como al actuar en sus investigaciones, adiestrando en ellas a jóvenes nativos. Supo él motivar a diversos grupos de colaboradores, trabajando en equipo con ellos y haciendo converger intereses de personas con orígenes culturales muy distintos entre sí. Por una parte, tuvo consigo a “sus trilingües”, los antiguos estudiantes suyos, en calidad de consultores y comentaristas y, asimismo, a otros formados también en el mismo Colegio de Santa Cruz, que actuaban como escribanos y copistas de glifos y pinturas. Por otra parte, logró interesar a ancianos, señores principales, sabios y grupos de médicos indígenas, para que le proporcionaran, a lo largo de varios años, testimonios sobre la antigüedad prehispánica.

Con respecto a sus trilingües, cuyos nombres dio en varias ocasiones, debe añadirse que fray Bernardino se propuso hacer de ellos nuevos investigadores que pudieran actuar luego por sí mismos. Como se diría hoy, supo formar escuela. A ese grupo de antiguos estudiantes suyos debemos la recopilación de otros testimonios de la tradición prehispánica, tales como conjuntos de antiguos cantares y poemas, viejos anales e incluso otro género de obras, casi siempre en lengua náhuatl, fruto de la inventiva o de la indagación histórica. La lista de los trabajos que así se produjeron y han llegado hasta nosotros es bastante larga. Sobresalen las transcripciones de cantares mexicanos, de diversos anales, como los de Cuauhtlán, así como varias obras personales, entre ellas las de quienes como Nazareo de Xaltocan, Antonio Valeriano, Martín Jacobita, Hernando Alvarado Tezozómoc y Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, de un modo u otro, se vieron influidos por él.



*Prosecución del estudio y publicación de
las obras de fray Bernardino*

De las obras mismas de Sahagún —copiosas según hemos visto— queda aún no poco por estudiar y dar a conocer. Importantes contribuciones se han hecho en las últimas décadas. Valga una sucinta recapitulación de las que conciernen a lo que fue culminación de su empresa etnográfica: el llamado *Códice Florentino*.

Mucha importancia ha tenido la edición facsimilar de dicho códice, hecha por el Gobierno de México a través del Archivo General de la Nación, aparecida en tres volúmenes esmeradamente impresos, en 1979. Puso ella al alcance de los estudiosos la forma como a la postre distribuyó Sahagún sus textos nahuas y asimismo, por vez primera, su versión de ellos al castellano. Hasta entonces todas las ediciones de la *Historia General de las cosas de Nueva España* habían estado basadas en su mayor parte en el llamado *Códice de Tolosa*. Es éste una copia realizada en España de la parte en castellano de la *Historia*. Si bien se desconoce a punto fijo quién dispuso dicha copia, consta, en cambio, que presenta numerosas diferencias respecto del original en el *Códice Florentino*.

Contribución que fue posible gracias a esa reproducción facsimilar, fue la primera edición del texto íntegro en español del *Florentino*. La paleografía y presentación del mismo se deben a Alfredo López Austin y Josefina García Quintana. Apareció dicha primera edición en formato de gran lujo, patrocinada por el Banco Nacional de México en 1982. A ella siguieron otras reimpressiones mucho más asequibles publicadas en Madrid, 1988 y México 1989.¹³ De este modo es hoy fácil acercarse, tanto a la versión parafrástica en castellano como al original en náhuatl de lo que fue la culminación de la empresa de Sahagún.

Si bien hasta hoy no se dispone de una traducción completa al castellano del texto náhuatl, la hay al menos al inglés publicada bajo el título de *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*. La magna empresa de la paleografía, versión inglesa, notas e introducción se debe a Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble.

¹³ Además de estas ediciones, existe otra también preparada a partir del texto en castellano del *Códice Florentino* por Juan Carlos Temprano, 2 v., Madrid, Historia-16, 1990 [Crónicas de América, 55].

Su merítísima relización, llevada a cabo en 12 volúmenes aparecidos entre 1950 y 1982, es ejemplo digno de imitarse en una paralela versión directa al castellano de fuente tan importante.

En lo que toca a los textos de los *Códices matritenses*, existen las ediciones, todas parciales, de Eduard Seler, Walter Lehmann, Angel María Garibay, Leonhard Schultze-Jena, Miguel León-Portilla, Wigberto Jiménez Moreno y Alfredo López Austin.

Mención particular merece la publicación facsimilar de los *Primeros memoriales* (1993), seguida de su paleografía, versión al inglés y notas (1997) por Thelma Sullivan con la colaboración de otros estudiosos.¹⁴ Aunque hay traducciones al castellano de varias partes de los *Primeros memoriales*, sigue echándose de menos, como en el caso del texto náhuatl del *Florentino*, una versión directa y completa de ellos.¹⁵

Otras obras de Sahagún han sido objeto de atención y publicadas también durante las últimas décadas. Una, de considerable interés, es *Coloquios y doctrina christiana*, descrita ya en este libro. De ella sólo había una transcripción de su texto en castellano y versiones parciales del conservado en náhuatl. J. Jorge Klor de Alva publicó (1980) una traducción de éste en inglés. A su vez quien esto escribe sacó a luz (1986) una reproducción facsimilar del manuscrito con amplia introducción y traducción al castellano del original en náhuatl.

El Breve compendio de los ritos idolátricos que los indios de esta Nueva España usaban en tiempo de su infidelidad, es decir el texto también ya descrito aquí, que Sahagún envió al Papa Pío V y del que sólo existía la edición de difícil acceso debida a Livario Oliger (1942), ha vuelto a ser publicado en facsímile, con paleografía e introducción, por María Guadalupe Bosch de Souza (1990).

Al benemérito investigador Arthur J. O. Anderson se deben otras dos publicaciones de otras obras de fray Bernardino. Una es la versión al inglés, anotada y con adecuada introducción de la *Psalmodia Christiana* (1993), la única aportación suya que, como hemos visto, salió a luz impresa en vida de Sahagún.

¹⁴ Ya se han descrito estas ediciones en el capítulo V de este libro.

¹⁵ En la bibliografía se registran las versiones al castellano de partes de los *Primeros memoriales*.

La otra, de contenido asimismo religioso cristiano, es la intitulada *Adiciones, apéndice a la Postilla y Ejercicio Cotidiano* (1993), que había permanecido hasta entonces inédita. A la introducción, paleografía y versión castellana del texto en náhuatl, valiosa aportación de Anderson, precede un prólogo de Miguel León-Portilla en que describe los atributos de dicha edición y nota la importancia de los textos doctrinales de fray Bernardino.

Como puede verse, en las últimas décadas se ha hecho un considerable rescate de una parte importante del gran *corpus* saha-gunense. Resta, sin embargo, todavía mucho por hacer. De modo especial urge disponer la paleografía y versión al castellano y a otras lenguas del conjunto de todos los textos incluidos en los *Códices matritenses*, en particular de los elaborados en Tlaxelolco y revisados en San Francisco de México.

Requerido es abocarse al estudio y comparación del contenido del *Códice de Tolosa*, teniendo a la vista el del *Florentino*. Aunque el de Tolosa es copia de éste último, dado que las ediciones que se han hecho de la *Historia general* con base en el primero no pueden tenerse como críticas, y siendo patente que hay en ellas omisiones y malas transcripciones, cabe pensar que el propuesto estudio y aun una edición facsimilar del manuscrito de Tolosa podrán ofrecer más de una sorpresa.

Hace falta asimismo un análisis y comparación del texto en náhuatl del *Florentino* con la versión parafrástica en castellano del mismo preparado por Sahagún. Tal estudio comparativo revelará no sólo la forma como entendió y tradujo Bernardino los textos en náhuatl sino también el esfuerzo que puso en transvasar toda una visión del mundo tan diferente como la de los nahuas al contexto cultural europeo. En tal empeño Sahagún añadió en varios lugares información que él había obtenido de otras procedencias y que ilumina lo que le comunicaron sus informantes. Puede decirse que del propuesto trabajo comparativo podrán derivarse muy importantes conclusiones que contribuirán a comprender y valorar más cabalmente lo que fue la magna aportación saha-gunense. La versión parafrástica al castellano, que constituye el último eslabón en la empresa de Bernardino, requiere de una atención que hasta ahora no ha recibido, sobre todo a la luz de su relación con los textos en náhuatl obtenidos de sus informantes.

Existe una contribución de Pilar Máynez que toca directamente a lo que estoy proponiendo. Se centra ella en la identificación y descripción de los procedimientos adoptados por Sahagún para elucidar en el texto castellano de la *Historia general* el significado de los vocablos nahuas que allí se vio obligado a emplear. La razón de ello es que no encontró Bernardino una palabra equivalente que designara los conceptos, instituciones u objetos que, por ser característicos de la cultura náhuatl, no tenían equivalente en la española.

Circunscrita su investigación a los campos semántico de “religión y magia”, se estudia como “un problema de transculturación lingüística en la obra de Sahagún”.¹⁶ Los procedimientos concebidos y aplicados por éste —de acuerdo con lo expuesto por Pilar Máynez— fueron varios. En algunos casos se valió Sahagún de comparaciones, como, por ejemplo, relacionando los atributos de los dioses indígenas con los del panteón greco-romano. Así dice “Tezcatlipoca es otro Júpiter”, “Chicomécóatl es otra Ceres”. Empleó también en dichas correlaciones el adverbio *como*, por ejemplo, “este *mexica teohuatzin* era como patriarca”; “los *tamales* son como panes redondos hechos de maíz ni bien rollizos ni bien redondos”; “la casa llamada *calmécac* que era como monasterio”.

Acudió también a paráfrasis a modo de explicación. Para elucidar el significado del nombre de la fiesta de *Atamalqualiztli*, escribió: “Hacían estos naturales una fiesta de ocho en ocho años, a la cual llamaban *Atamalqualiztli*, que quiere decir ayuno de pan y agua; ninguna otra cosa comían en ocho días sino *tamales* hechos sin sal, ni bebían otra cosa sino agua clara”.

Para explicar el significado de las palabras nahuas que tuvo que introducir en su texto castellano recurrió a aposiciones o interpretaciones de los vocablos nahuas entendiéndolos algunas veces como onomatopéyicos. Así expresó en el caso de “unas *avecillas* en esta tierra, que llaman *cocotli*, porque cuando las *torolillas* cantan dicen *coco, coco [...]*”. Acudió asimismo en ocasiones a su propio pensamiento religioso para explicar vocablos

¹⁶ Pilar Máynez Vidal, *Religión y Magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, prólogo de Miguel León-Portilla, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM, 1989.



nahuas que denotan conceptos relacionados con sus propias creencias. Notó así que “Cihuacóatl es nuestra madre Eva”, o “los lapidarios que labran piedras preciosas, en tiempo de su idolatría adoraban cuatro dioses o por mejor decir diablos”.

Los varios centenares de vocablos nahuas relacionados con religión y magia son sólo una parte de los muchos más que aparecen en la *Historia general*. El que Sahagún tuviera que incluirlos en ella y el que se viera compelido a adoptar varios procedimientos para hacer comprensible su significado a sus lectores españoles, constituye tan sólo uno de los múltiples problemas que tuvo que afrontar en su versión parafrástica de los textos en náhuatl.

El estudio comparativo que he propuesto entre el texto náhuatl del *Florentino* y la versión castellana del mismo llevará a descubrir las muchas complejidades a las que se enfrentó Sahagún y lo que debió entonces realizar para transvasar a un ámbito cultural y lingüístico tan diferente lo expresado en los textos nahuas. Eran ellos, ya en sí mismos, transvase a escritura alfabética de una oralidad y unas pinturas, a su vez revelación de las cosas naturales, humanas y divinas del mundo náhuatl.

Como puede verse, las aportaciones de Sahagún continúan abiertas a investigaciones que, como en el caso de los *Códices matritenses*, deben culminar en ediciones críticas. Esto es también válido acerca de otros de sus escritos que continúan inéditos. Aunque se trata principalmente de obras de contenido doctrinal, no por ello carecen de interés. Pueden ellas revelarnos un proceso paralelo, aunque de dirección inversa, al que hemos atendido. Allí el problema fue pasar conceptos nahuas al castellano. Aquí el interés está en ver cómo transvasó Bernardino el pensamiento judeo-cristiano al náhuatl.

Mencionaré sólo los principales escritos que aguardan estudio: los sermones conservados en la Biblioteca Nacional de México y en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago; el Santoral, las Postillas y el Vocabulario trilingüe en esta última Biblioteca; el Evangelionario y el Epistolario en náhuatl, tomando en cuenta la edición de Bernardino Biondelli. Otra tarea será editar, debidamente anotadas, las cartas que se conservan de Sahagún en el Archivo General de Indias, en el ramo de Audiencia de México, 287.



Teniendo esto a la vista debemos repetir que hace falta ampliar los estudios e investigaciones sobre el gran *corpus* sahuagunense. Tan sólo cuando se tenga al alcance, en ediciones críticas, la totalidad de lo aportado por fray Bernardino, será en verdad posible aprovecharlo como fuente para la elaboración de otros trabajos sobre una gran variedad de temas relacionados con “las cosas divinas, humanas y naturales” de los antiguos mexicanos.

Maestro, infatigable investigador, pobre en bienes materiales, de natural manso y humilde, pero que más de una vez hizo suyo el clamor de los profetas para defender a los indios, Bernardino de Sahagún dejó a México y al mundo un rico legado de cultura. Su presencia y su trabajo en tierras mexicanas son perenne testimonio de lo mejor del humanismo español renacentista. A través de él, y por las vidas y las obras de otros grandes varones como Toribio Motolinía, Sebastián Ramírez de Fuenleal, Alonso de la Veracruz, Vasco de Quiroga y Bartolomé de las Casas—no por las armas y conquistas—México y España se acercan y se hermanan.

A Sahagún acuden cuantos, de los cuatro rumbos del mundo, quieren saber acerca de una de las grandes civilizaciones originarias desarrolladas en el discurrir de la Historia: la de los pueblos mesoamericanos. Hoy, gracias a los arqueólogos, podemos admirar templos, palacios, esculturas y otros muchos monumentos en las tierras mayas, las de Oaxaca, las costas del Golfo y del Pacífico, así como en el Altiplano central. Mucho antes, Bernardino, además de mostrar la estrecha relación existente entre “las pinturas con caracteres” y la expresión de la oralidad, en este caso de los pueblos nahuas, nos dejó un gran caudal de testimonios en lengua indígena. Como gruesa tea que no ahuma, arrojan ellos luz para aproximarnos a lo que los antiguos mexicanos pensaron, las instituciones que crearon, sus formas de vida y un sinfín de cosas más. Esos testimonios, como él lo percibió y reiteró, por ser portadores de sabiduría y belleza —entrelazadas en un humanismo distinto del europeo— enriquecen hoy el legado universal de la cultura.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS